

TEATRO



MARIA GUERRERO:

Por Eduardo G. RICO

“SIETE MIL GALLINAS Y UN CAMELLO”

(Jesús Campos, sus premios y Taller de Teatro)

Este hombre de 1938 entra con ímpetu en la escena. No hay por qué insinuarle que disminuya la velocidad ni que reduzca su facundia o su potencia creadora. Otra cosa sería tomar sus obras, abrirlas en canal y ver de verdad, sin equívocos radiografías, lo que tienen dentro. Por lo pronto, hay que decir que los diversos jurados por ahí establecidos han sacado a relucir su nombre en doce ocasiones en menos de tres años, bien como premiado, bien como finalista. Y hay en seguida que subrayar la obtención del premio Lope de Vega, el más codiciado desde hace años. Precisamente tras el siniestro que inutilizó el Español, donde ya se ensayaba y estaba programada, se estrenó ayer en el segundo teatro nacional madrileño, María Guerrero, la función de provocativo título: «Siete mil gallinas y un camello». La escenificó Taller de Teatro, con la orquesta de cámara Vivaldi y el grupo de rock sinfónico Zumo. Hubo una gran ovación, bravos y saludos. Todo marchó bien.

● CAMPOS Y SU AVENTURA

Quiere salvarlo todo, recogerlo todo, rescatarlo todo. Quiere jugar fuerte. Quiere viajar a velocidad de «jet». Quiere trabajar a plena jornada y que todo su trabajo se corporice sin pérdida de tiempo. Quiere, ya lo hemos visto, premios y promios. Una empresa así bien vale un fuerte elogio.

Tal es la aventura del hienense Jesús Campos García, que es, a la vez, muy en consonancia con la definición que acabamos de formular, autor del texto de «Siete mil gallinas y un camello», realizador del montaje, creador del espacio escénico... En fin, todo. ¡Barrera también el escenario!

Hay que tomarlo en serio. Una vocación de este calibre reclama del analista la máxima atención. Vamos a considerar detenidamente —dentro de la brevedad de este espacio— la obra de Campos recién estrenada.

El esquema de Campos no puede ser más sencillo por muy provocativa que parezca su apertura al espectador pequeño-burgués; apertura que nace en una originalísima interpretación de Vivaldi. Un matrimonio, con mucha veteranía a

la espalda, vive de la crianza de gallinas en un lugar andaluz alejado de la civilización. El marido se pasa el día acarreado agua, como Sísifo subiendo la roca a la montaña; la mujer, preparando la mercancía que las gallinas producen. Sin tardanza, porque ya hemos dicho que la propuesta simbólica de Campos es muy sencilla: sabemos que las gallinas, esa realidad allí presente, significan la dura realidad cotillana tocada y sufrida por la mujer más allá de los sueños. Por el contrario, el marido sueña un camello; que nunca llegará a comprar; encarna el sueño del hombre que trata de evadirse de esa realidad. Hay una anécdota mínima con adulterio por el medio, adulterio que conduce de golpe a la imposibilidad de una síntesis de ambos proyectos vitales. Todo acaba en desesperada separación radical, en imposible comunicación. De repente, y con un buen manejo de efectos lumínico-técnicos y sonoros, la esperanza se dibuja sobre la escena. Un grupo de jóvenes cantan «La primavera», de Vivaldi, como un grito de esperanza para clamar por el cambio del mundo y de la vida, que termina a ritmo violento de rock. Y no se hable más.

● FILOSOFIA PARA TODOS

Quien no llegue al sencillo esquema de Campos es que está cegado a toda sensibilidad y tiene obturados los conductos mentales. Es esta una filosofía para todos, que puede muy bien gustar al gran público. De cualquier forma, el espectador de nuestro teatro es tan desconcertante que habrá que esperar a su reacción. Campos ha puesto los cinco sentidos en la totalidad de su empresa, desde los efectos musicales y sonoros hasta las luces y la escenografía. Es justo citar los nombres de los intérpretes: Isa Escartín, Carlos Mendy, Kety de la Cámara, Morante, Bove, Ana-Viera Solares y Enrique Espinosa.

Se me podrá decir: los diálogos son banales, a veces absurdos y en otras ocasiones fatigan. Pero son los de la vida cotidiana. No hay afán de perfección en Campos. Hay el desce incontentible de decir todo lo que piensa. Cuando estructure con mayor rigor sus comedias podrá ser un gran autor.